

ma. Aquellas manchas habían pasado desapercibidas á la marquesa de Tourves, pero su inquisidor se apoderó de ellas para sacar nuevas deducciones: por la noche se quitaban á los candelabros y á la araña las cubiertas que tenían por el día, se ponían bujías en todos ellos, y había iluminación *á giorno*. Las persianas almodilladas no tenían otro objeto que impedir que los vecinos pudiesen aperebirse de aquel despilfarro de luz.

De modo que cuando todos descansaban en el hotel y se echaban los cerrojos, cuando todo el mundo creía que la marquesa dormía, era cuando daba principio á sus recepciones íntimas.

Tal era al menos la opinión de Carmen. Pero estaba demasiado predispuesta á la malevolencia, y sobre todo tenía mucho interés en juzgar desfavorablemente á la marquesa, para que esta opinión prevale-

ciese, sin pruebas incontestables que vienesen en su apoyo. Para descubrirlas se tomó dos días de término.

VIII

Enterada, como creía estarlo, de muchos puntos, no trataba ya Carmen más que de hallar el camino misterioso por donde se penetrase en el tocador de la marquesa.

Sin ocuparse ya de las persianas almodilladas, del diván, de la alfombra y de la araña, Carmen fijó su atención en las paredes del cuarto.

La forma circular del tocador la llamó la atención. Para obtener aquella especie de rotonda, habían tenido que sacrificarse los ángulos y disminuir mucho la magni-

tud de esta pieza, que, de todos modos, no hubiera sido muy grande. Si la señora de Tourves no hubiese tenido más que un objeto, el procurarse armarios en el espesor del maderamen, se hubiese apresurado á utilizar los rincones, pues una mujer tiene siempre vestidos ó trapos que guardar. Sin embargo, no había más que una puerta; la que debía haber estado colocada frente á ella no existía. ¿Estaría oculta por las colgaduras? Carmen emprendió la tarea de dar con ella.

Por más que pasó sus manos por las colgaduras no halló ninguna cerradura, ningún botón, ninguna aspereza. Iba á desistir de sus investigaciones, cuando notó en la tela pliegues sin utilidad y sin razón de ser. Examinó con más cuidado y distinguió una hendidura divinamente simulada. No era ya posible dudar: Carmen adivinó que en el maderamen había

una puerta secreta que debía abrirse exteriormente.

El día en que hizo este descubrimiento, se vió obligada Carmen á interrumpir bruscamente sus pesquisas; la marquesa hacía tiempo que había salido con su marido, podía entrar de un momento á otro y sorprenderla. Pero al día siguiente, á las tres de la tarde, así que se vió sola, la señorita Lelievre, que había pensado mucho en la situación, entró en el tocador, y en vez de perder tiempo en tratar de abrir la puerta misteriosa, esquivó la dificultad. Díjose que entre el maderamen, construído después, y las paredes del cuarto debía haber en todo el circuito, ó más bien en la circunferencia de la pieza, un espacio libre, ancho en los ángulos, muy estrecho hacia la mitad de las paredes, pero bastante grande para poder pasar por él. Examinó con prolija

atención las maderas y molduras de la ventana, levantó las telas que la cubrían, que, gracias á la falta de tablillas, se ostentaban al aire libre, y buscó el paso deseado. Existía, como lo había previsto, de tal manera oscuro, y tan impracticable casi, que no se había pensado en disimularle. Pero si era estrecho, Carmen, como se sabe de antiguo, tenía la inapreciable ventaja de ser muy delgada, á lo cual contribuían más las penas que su corazón sentía. Algunos días antes, la señora de Tourves se había permitido con ella esta broma: «La señorita de compañía que tengo es tan delgada que podría bañarse en un frasco de agua de Colonia». Estas palabras imprudentes, que supo Carmen había dicho, la habían exasperado más contra la marquesa, y venían á su mente y la daban seguridad de que, si tan fácil la era introducirse en un frasco de agua de

Colonia, debía, con más razón, pasar por aquel pasadizo, por muy estrecho que fuese. No tenía ninguna exuberancia que pudiese impedirsele, y no se vería obligada á aplastársela contra el muro, porque naturalmente lo estaba ya bastante.

Carmen consiguió, en efecto, dar media vuelta al tocador, partiendo de la ventana, y llegar á la puerta que había presumido debía existir. Con la luz de una cerilla halló donde estaba emplazada; puso la mano en un resorte, cuyo mecanismo estudió, y tuvo el placer de ver cómo cedía el maderamen y la dejaba libre el paso. Para entrar en el tocador no tenía ya necesidad de recorrer el camino anteriormente seguido; estaba en puerto de salvación.

Pero su empresa no había terminado. ¿Cómo se llegaba desde fuera hasta el re-

sorte de esa puerta oculta? Se volvió, y como el pasadizo estaba iluminado por la luz que penetraba por la puerta, vió enfrente de ella en la medianería de la casa inmediata otra puerta que, á imitación de la primera, se abría exteriormente.

Estaba enterada de todo.

Con la sonrisa en los labios y los ojos brillantes, volvió á dejar todas las cosas en el mismo estado en que las halló, abandonó el teatro de sus pesquisas, subió á su cuarto, abrió la ventana y empezó á examinar las cercanías.

Al cabo de una hora, un hombre, de unos treinta años, bajo de cuerpo, ancho de espaldas, muy moreno, con toda la barba, de color encendido, ojos animados, de maneras distinguidas y de elegante apostura, se apeó de un carruaje delante de la casa inmediata al hotel, señalada con el número 32.

Carmen le conoció por haberle visto muchas veces salir y entrar en aquella casa.

Dotada de buenas disposiciones intuitivas y puesta en el camino verdadero, no dudó un instante de que tenía delante de ella al vecino de la marquesa. Dudó mucho menos de ello, porque en vez de subir á su casa, el recién venido encendió un cigarro y se puso á pasear por la acera. Para Carmen esperaba evidentemente que la de Tourves, al venir del Bosque, pasase por delante de él. Bien pronto, en efecto, se vió venir por el *boulevard* la carretela de la señora de Tourves; hizo alto delante del número 32 y al mismo tiempo que un lacayo se dirigía á abrir la puerta, dió vuelta bruscamente y entró en el hotel.

Como todo parisién desocupado, que no deja pasar sin apérbirse un carruaje elegante, en el que se ve sentada una mujer

hermosa, el transeunte se detuvo un momento al llegar el coche por delante de él. Pero conservó la mayor impassibilidad, no se quitó el sombrero ni se permitió ningún movimiento, ningún gesto; nadie hubiese podido figurarse que conocía á la marquesa. Tan sólo Carmen sorprendió una mirada cambiada entre aquellas dos personas, en apariencia tan indiferentes una á otra, y esa mirada la bastó.

IX

Al día siguiente, y mediante informes recogidos por ella con suma discreción, y gracias, sobre todo, á su perspicacia, la señorita Lelievre se trazó el pasado de la señora de Tourves, desde hacía diez años.

El vecino en cuestión era el conde de

Sanneteyre. ¿Dónde le había conocido? En algún establecimiento de baños, sin duda, el primero ó el segundo año de la enfermedad de su marido.

¿Por qué le había amado? Poco importaba. Lo único que sería curioso saber cómo pudo conciliar su amor y su reputación. Moralmente, sabemos con qué habilidad consiguió engañar al mundo. Materialmente, se arregló de este modo:

Ella había llevado al matrimonio, como dote, dos casas medianeras y cuyos pisos principales de ambas comunicaban entre sí. La primera de estas casas era la ocupada ahora por el conde de Sanneteyre; la segunda, que estaba fuera de la alineación acordada para aquella calle, había sido demolida, y sobre el terreno, apoyándose en el muro existente, había hecho construir la marquesa un nuevo hotel. Cuando la construcción llegaba al primer piso, el ar-